**20 de abril**

**Javier Alvarez**

En esta Eucaristía, final del encuentro de la CEVIM, permitidme una breve consideración sobre las lecturas proclamadas, lecturas que son muy sugestivas, como habéis podido ver. El evangelio de Juan empieza y termina situando a Jesús en “la montaña”. Ya sabemos que en la teología de la Biblia, la montaña era el punto de encuentro entre el cielo y la tierra, y el lugar para dar culto a Dios. Esta era la teología del Antiguo Testamento. La del Nuevo Testamento, la de Jesús mismo, es que no es necesario subir a ningún monte para encontrarse con Él. Es decir, Jesús modificó radicalmente el modo de dar culto a Dios. Según nos dice el texto proclamado, cuando “estaba cerca la Pascua”, la fiesta religiosa central del Antiguo Testamento, cuando los judíos subían al monte santo de Jerusalén y acudían al Templo, Jesús organiza una “Pascua alternativa”, que ya no es un ritual sagrado en el santuario, sino una comida compartida en el campo. Es decir, Jesús convierte el culto religioso y sagrado en una experiencia humana, laica y profana.

Se trata de la experiencia de la comida compartida. La salud y la alimentación son las dos cosas que más apreciamos y necesitamos los humanos. Pues bien, el relato empieza hablando de curaciones de enfermos y termina diciendo que todos quedaron satisfechos de comida. Con gestos como éste, Jesús apunta a un nuevo modelo de religión: ya no es la religión del Templo, del altar, de los holocaustos, de los sacerdotes con sus rituales…Es la religión que se expresa en los símbolos básicos de la vida: la salud y la comida. Y todo esto vivido en comunión, en armonía con la naturaleza, en la alegría de encontrarse con los demás. ¡Qué bien entendió San Vicente que la fe cristiana no puede quedar encerrada en el Templo, sino que debe concretarse en comida, en justicia social, en salud y en abrazo fraterno! Y si no se llega a esto, la religión es vacía y el culto a Dios una hipocresía.

En otro sentido distinto, el relato puede recordarnos algo que conviene tener muy presente cuando se habla de la evangelización o de la nueva evangelización, como hemos hecho en este encuentro. Cuando miramos de frente a la evangelización que estamos llamados a hacer en Europa, no es extraño que nos veamos y nos sintamos enanos ante un verdadero gigante, algo así como se pudieron sentir Felipe, Andrés y los demás discípulos de Jesús ante el reto de dar de comer a 5000 personas con cinco panes de cebada y un par de peces. Y sin embargo, se produjo la fiesta, se produjo el milagro: todos saciados e incluso sobraron unos cuantos cestos de pan. Y es que Dios puede multiplicar por mil y por un millón los pobres esfuerzos humanos. El relato es una invitación a evangelizar con confianza, aunque no se vean resultados inmediatos. Como decía el sabio Gamaliel, según hemos podido escuchar en la lecturas de los Hechos que hemos escuchado, si la nueva evangelización es una obra querida por Dios, Él sabrá cómo llevarla a cabo a través de nuestro empeño y de nuestra colaboración, a través de nuestros cinco panes y dos peces.